

en estas condiciones perfectamente dignas de Dios, se puede aceptar esta conclusion cierta: *Que los más mínimos y más lentos cambios, como también las transiciones más considerables y bruscas en la apariencia, han sido la consecuencia necesaria de algunas leyes muy estensas y generales, impresos en la aurora de la existencia del mundo por su Creador.*» Veda, cimentada por el génio humano é ilustrada por la máquina de cálculos analíticos, la obra maestra de la mecánica, la conciliación perfecta de la libertad y de la movilidad de la creacion con la eternidad y la inmutabilidad divinas. La evolucion de la materia sin Dios es un absurdo desesperador. La evolucion de la materia con Dios, por Dios, en Dios, es una síntesis magnífica del universo, que satisfará en todo cuando se la complete por la creacion inmediata de los espíritus y de las almas.

Capítulo vigésimo quinto. — La Providencia. — Dios ordena, combina y rige todos los acontecimientos del universo que ha creado. Da á cada sér su lugar, su rango, su medida, su grado, su proporcion; los gobierna á todos por una accion tan dulce como poderosa; obra en los hombres por los hombres, á menudo para los hombres, y á pesar de los hombres, todo lo que quiere, cuando quiere y como quiere, sin ser detenido jamás en la ejecucion de sus designios por la resistencia de sus criaturas, atándolo todo fuertemente de un extremo á otro, y conduciéndolo todo suavemente á sus fines. Ningun dogma es más claramente enseñado por la razon y por el consentimiento unánime de todos los pueblos. Todos han reconocido que la Divinidad gobierna el mundo. Por doquiera y en todos los tiempos los hombres le han dirigido sus oraciones como al soberano morador de todas las cosas; su accion sobre sus criaturas sólo es negada por aquellos que han dicho, no en su inteligencia, sino en su corazon y voluntad extrañada por los sentidos: *¡No hay Dios!*

Ningun dogma es también más claramente revelado en

la santa Escritura: «Señor, vos habeis asentado la tierra, y ella permanece firme bajo nuestros piés. Desde vuestro mandato subsiste la luz, porque todas las criaturas están á vuestras órdenes.» «Dios envía la luz, y ella parte; la llama y viene estremeciéndose (*sic, ondeando*). Las estrellas han brillado con todo su resplandor, cada una en el lugar que les fué señalado, y se han complacido en hacerlo en honor de Aquel que las ha hecho.» «Dios se cuida igualmente de todos los hombres, dá á cada uno la vida, la respiracion y todas las cosas.» «Él es el que ha hecho nacer de un solo hombre al género humano para habitar toda la tierra, habiendo determinado el tiempo preciso y los límites de su habitacion sobre el globo...» «Vos habeis ordenado todas las cosas, dice la Sabiduría, con medida, número y peso, porque el soberano poder está en vos y para siempre. ¿Quién podrá resistir á la fuerza de vuestro brazo? El universo está ante vos como el granito que apenas puede inclinar la balanza, y como una gota del rocío de la mañana que cae sobre la tierra. Pero os compadeceis de los hombres porque lo podeis todo, y disimulais sus pecados á fin de que hagan penitencia. Amais lo que es, no odiáis nada de lo que habeis hecho, porque si lo odiaseis, no lo hubierais creado. ¿Qué hay en efecto que pueda subsistir, si vos no lo hubierais querido? Pero vos sois indulgente con todos, porque todo está en vos. ¡Oh Señor, que amais las almas! Quién es el que os dirá: ¿por qué habeis hecho esto? Ó ¿quién protestará contra vuestro juicio? ¿quién se levantará ante vos para tomar la defensa de los hombres injustos? Porque despues de vos, que cuidais de todos los hombres, no hay otro Dios, ante el cual se pueda apelar de los juicios que pronunciais. No hay rey ni príncipe que se pueda levantar contra vos en favor de los que habeis hecho perecer.»

Jesucristo Dios, la verdad, la sabiduría, la ciencia, la bondad infinita, nos describe la divina providencia en rasgos tan sencillos y conmovedores, que se tendria que ser insensato y cruel para no dejarse enternecer: «No os

inquietais por saber cómo alimentareis vuestra vida, ni cómo vestireis vuestro cuerpo. ¿No es más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad los pájaros del cielo, ni siembran, ni recogen, ni amontonan en los graneros, y vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No sois vosotros mucho más que ellos? Y en cuanto á los vestidos, ¿por qué os inquietais? ¡Ved cómo crecen los lirios de los campos! Ellos no hilan, no tejen, y Salomon en toda su gloria jamás fué tan bien vestido como uno de ellos. Si á la yerba de los campos que es hoy, y que mañana será arrojada al horno, Dios la viste de este modo, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fé? No os inquieteis diciendo: ¿Qué comerémos? ¿qué beberémos? de qué nos vestiremos? Todas estas cosas los paganos buscan. Vuestro Padre sabe que vosotros tenéis necesidad de ello. Buscad antes que todo el reino del cielo y su justicia; todo lo demás os será dado por añadidura. No os inquieteis por el día de mañana; el día de mañana se abastecerá él mismo. A cada día hasta su pena, su *malicia...*

Aquel á quien estas palabras no conmuevan no es digno de creer ni de confiarse á la bondadosa Providencia; se hace voluntariamente víctima de la fatalidad. ¡Qué conmovedor comentario son estas deliciosas invitaciones de los Libros santos! «Desembarzaos en el Señor de vuestras solicitudes, y él mismo os alimentará.» Arrojaos enteramente en los brazos de vuestro Dios, que no los retirará para dejaros caer! «¿Una madre puede olvidarse de tal modo que no tenga piedad del hijo de sus entrañas? ¡Y qué, aun cuando ella lo olvidase, yo no lo olvidaría!» «Dios le llevará socorros sobre su lecho de dolor. Vos habeis, Señor, ablandado todo su lecho en su enfermedad.» Es de nuevo lo divino en su supremo poder.

¡Qué más admirable que esta série no interrumpida de días y noches, que esta sucesion incesante de las estaciones, que este curso invariable de los astros, sin que el sol rehuse jamás su luz, sin que la luna retarde ó anticipe nunca su carrera, sin que jamás ningun astro salga del lugar que le ha sido señalado!

Y esta sucesion variada de las producciones de la tierra: los árboles, las plantas, las yerbas, las ovejas los frutos, cada uno y cada una segun su especie, y en el tiempo marcado para las necesidades y los mismos deseos del hombre. Del seno de esta tierra tan vil y estéril por sí misma, el calor y la lluvia, el sol y los vientos, hacen brotar los alimentos de los animales y del hombre. Es por cierto Dios quien dá abundantemente su subsistencia á todas las criaturas, quien hace salir su sol y caer su lluvia sobre los buenos y los malos. ¿Cómo podría ser abandonada al acaso la vida de la multitud de seres que cubren á millares la superficie de la tierra? El acaso no es más que una palabra, menos que una palabra, nada, una ridícula excusa de la incredulidad ó de la locura humana. Si los grandes fenómenos de la naturaleza no estuviesen gobernados por la sabiduría infinita y por leyes tan antiguas como el mundo, ¿dónde estarían las garantías de la perpetuidad de los seres? Porque ¿qué se necesitaria para hacer desaparecer toda huella de vegetacion y de vida de la haz de la tierra? ¡Menos de un año de sequía absoluta ó de lluvias continuas! ¿Qué hombre es bastante insensato ó bastante desnaturalizado para abandonar al acaso la subsistencia de su familia, y para no inquietarse por ella, como si no dependiese en manera alguna de él? Pero observaciones seculares demuestran que los términos medios de temperatura y de lluvia son sensiblemente constantes, y el acaso evidentemente no produciria esta sucesion regular de las estaciones. La misma ciencia la llama ley de la naturaleza; pues bien, toda ley supone un legislador, una causa, y esta causa sólo puede ser la Providencia divina.

El R. P. Baudrand hace resaltar admirablemente por un pequeño ejemplo el encadenamiento providencial de los fenómenos de la naturaleza. Un regalito sólo tiene necesidad de algunos granos de mijo para vivir; pero estos granos no existirían si la yerba no creciese. La yerba no creceria si la tierra no produjese; la tierra no produciria si no fuese

regada por la lluvia; la lluvia no caería sin las nubes y los vientos que las dilatan. Las nubes y los vientos no se formarían sin los vapores, y los vapores no subirían del océano al aire, si no fuesen engendrados y elevados por los ardores del sol. Ved, pues, en qué orden divino el cielo y el sol, el aire y los vientos, las nubes y las lluvias, el mar y los ríos, la tierra y sus frutos, todo el universo, en fin, concurre de concierto á la producción de los granos minúsculos necesarios á la subsistencia de un pajarito. Pero ¿de qué servirían los granos, si el mismo no estuviera en estado de buscarlos, de distinguirlos, de cogerlos, de pulverizarlos; si no tuviese una garganta para tragarlos, un estómago para digerirlos, una multitud de pequeños órganos, de pequeños conductos, de pequeñas venas, por los cuales el jugo de los granos digeridos, esparriándose por todo el cuerpo, lo alimente, lo vivifique, lo anime, transformándose en hueso, carne, pico, uñas, plumas, etc.? Hay infinitamente más arte é industria en la organización de este pajarito que en todas las obras de la industria humana, que jamás hará un grano de arena que sea; una mata de yerba que sea y viva; un pájaro que sea, viva, sienta y vuele. Un orden que ninguna industria humana puede imitar, que ninguna inteligencia creada puede concebir, que ningún obstáculo puede detener en su carrera, que ningún poder puede trastornar, desordenar y destruir, es evidentemente obra de una inteligencia infinita.

Opónese al dogma de la divina Providencia: 1.º Los velos impenetrables y en la apariencia desesperadores que encubren demasiado á menudo sus caminos. La Providencia que se estienda á todo, que lo prótee todo, que lo ordena todo, el mundo moral como el mundo físico, es lo desconocido, el misterio; la voz del género humano todo entero, la razón, el cielo y la tierra, la revelación; son lo conocido que nos la anuncia y hace brillar á nuestros ojos como un sol brillante. Las contradicciones y los escándalos aparentes de la tierra son también el misterio, son las nubes amontonadas que nos ocultan un instante el

sol, son el eclipse momentáneo que cesará muy pronto; nubes ó eclipses que no son de ningún modo un argumento contra la existencia del sol.

1.º *El triunfo de los tiranos.* «El rey de Assur dijo: En mi sabiduría he concebido, en mi fuerza he ejecutado; he devastado las fronteras de los pueblos, he despojado los príncipes; más poderoso que ellos, he hecho descender á los que estaban sentados en elevados tronos. Mi brazo ha herido como en su nido á la fuerza de las naciones; como se cogen las cepas abandonadas, he recogido todas las naciones de la tierra, y no se ha encontrado nadie que moviese su ala, abriese la boca y lanzase el menor grito.» Es la tiranía en su supremo poder. «¿Cállate! dice el Señor. ¿Acaso el hacha se glorificará ó levantará contra aquel que se sirve de ella para partir, ó la sierra contra aquel que la pone en movimiento para serrar, ó la vara ó el bastón, viles pedazos de madera, contra aquel que los levanta para herir? Enviaré flaqueza sobre sus robustos. Bajo su orgullo arderá y se inflamará como un brusero ardiente. Las espinas y las zarzas de Assur serán devoradas en un solo día.»

2.º *La prosperidad de los malos.* «Mis piés casi han tambaleado, mis pasos han desaparecido casi bajo el suelo, cuando he visto y casi envidiado la paz de los impíos. No se trata para ellos de muerte, ninguna plaga les amenaza. Tocan con la punta del dedo el trabajo de los humanos y ningún rayo vá á herirles. Ved porque están llenos de orgullo y porque se cubren con su impiedad como de un manto de gloria. La iniquidad sale de su carne. Se entregan á todos los desarreglos de su corazón; sólo piensan, sólo hablan de su maldad, y hablan de ella con altanería. Su boca está en el cielo y su lengua abraza la tierra. Mi pueblo se vuelve á ellos, viendo tan llenos sus días. Él se dice: ¿Dios lo sabe? ¿Hay alguna ciencia en el Altísimo? ¿Cómo puede ser que ellos, pecadores, naden en la abundancia y las riquezas? ¿Vano es, pues, que yo haya conservado mi corazón en la justicia, y que haya lavado mis manos toda

la noche en compañía de los inocentes? Pues que después de haber durado todo el día, mi aflicción y mi castigo comienzan de nueva en la madrugada; hablar de este modo hubiera sido condenar toda la familia de vuestros hijos á la reprobación. Yo he tratado, pues, de profundizar este misterio. Esto era imponerme un rudo trabajo. Pero he tenido el feliz pensamiento de entrar en el santuario del Señor é interrogar los últimos fines. Era esto una celada que les tendiais, y os reservabais herirles en pleno triunfo. Vedlos caidos en ruina y devastados enteramente. ¡Han desaparecido de repente, víctimas de sus crímenes, han desaparecido como el sueño del hombre al despertarse! En la ciudad no habeis dejado ninguna huella de su imagen y recuerdo.» ¡Ved el secreto de la Providencia divina! Esta abraza á la vez la vida presente y la futura. La vida presente, tiempo de prueba, de combate y de expiación, tiempo en que cada uno debe completar en sí mismo lo que falta á la Pasión y Redención de Jesucristo; la vida futura, en que la justicia divina será satisfecha y vengada, en que cada uno recibirá la recompensa ó el castigo de sus obras. *En todo*, dice el piadoso autor de la Imitación, *se tiene que contemplar el fin*. El fin para la religión católica, apostólica, romana, es el juicio último, la reprobación de los pecadores, la glorificación de los justos; el homenaje rendido por los unos y los otros á la santidad, á la providencia, á la justicia de Dios. *Nos ergo erravimus! Montes cadite super nos!*

3.º *La desigualdad de las condiciones*. Es una necesidad absoluta del orden social; no existe ó casi no existe en el estado salvaje, en el cual se vé simplemente una inferioridad ó una superioridad relativa, consecuencia natural de la inferioridad ó de la superioridad de los espíritus y de los caracteres. Es tanto mayor cuanto más civilizada es la sociedad. Si por un imposible se la hiciese nacer, renacería mayor. Sería como en un solo derribado ó incendiado: *el roble vuelto á ser roble, el zarzal vuelto á ser zarzal*.

4.º *La desigualdad de los bienes*. Es también como una

necesidad, largamente compensada en la tierra y en el cielo. Los más dichosos no son siempre ó aun no son nunca los que se cree. El cristianismo es la glorificación y la beatificación de los pobres.

5.º *La existencia del mal en la tierra*. El mal es llevado y causado en el mundo por los espíritus. «Pues bien, decía Euler, el más grande, el más eminente, el más sabio, el más honrado de los matemáticos y físicos de su tiempo, y casi de los tiempos modernos: «La libertad es una propiedad esencial de todo sér espiritual, y el mismo Dios no podría despojarse de ella sin aniquilarla; del mismo modo que no puede despojar al cuerpo de su amplitud ó á la materia de su inercia. El mal tiende esencialmente á la naturaleza finita de los seres creados. Dios puede y debe permitirlo, con la sola condicion de sacar de ello bien, en su misericordia ó su justicia.» (*Cartas á una princesa de Alemania*.)

En cuanto á las locas aseeraciones del determinismo moderno: «Una necesidad absoluta domina la materia. La ley de la naturaleza es una ley mecánica, es la más rigurosa expresion de la necesidad. Ningun poder, de cualquier clase que sea, puede escapar á esta necesidad, que no tiene excepcion ni restriccion,» es la fantasía del *Universo sin Dios*, cuya extravagancia hemos demostrado. Sus apóstoles han encontrado la negacion del dogma de la Providencia en esta célebre concepcion de Laplace: «Una inteligencia que, por un instante dado, conociese todas las fuerzas de que está animada la naturaleza, y la situacion respectiva de los seres que la componen, si además fuese bastante vasta para someter estos datos al análisis, abarcaría en la misma fórmula los movimientos de los mayores cuerpos del universo y los del más ligero átomo. Nada sería incierto para ella, y lo porvenir como lo pasado serían presentes á sus ojos. El espíritu humano ofrece, en la perfeccion que puede alcanzar de la astronomía, un bosquejo de esta inteligencia infinita. Sus descubrimientos en geometría, añadidos á los hechos de la

gravedad, le han puesto al alcance de comprender en las mismas expresiones analíticas los estados pasados y venideros del mundo... Aplicando el mismo método á algunos objetos de nuestros conocimientos, se ha alcanzado sujetar á leyes generales los fenómenos observados, y prever aquellos cuyas circunstancias dadas los pueden hacer despuntar.» Pues bien, esta concepcion es un homenaje solemne prestado á la Providencia divina, y esta inteligencia soberana es muy por cierto la inteligencia divina, Dios. Laplace añade (*Véase t. III*): «Todos los esfuerzos del espíritu humano, en la investigacion de la verdad, tienden á acercarlo sin cesar á la *inteligencia que acabamos de concebir, pero de la que permanecerá siempre infinitamente alejado.*» Si determinismo hay, Dios solo pudo, en efecto, en el acto de la creacion constituir un estado inicial, atómico ó molecular, tal que en cada estado subsiguiente, en todos los puntos del espacio y de la duracion, los hechos fuesen perfectamente lo que son. Y si el determinismo debe extenderse á los actos de los seres ó de las causas libres, es mucho más indispensable todavía que Dios intervenga con su omnisciencia y omnipotencia. Ved, pues, el gobierno de la Providencia notablemente vindicado por la más profunda ciencia, y hecho evidentemente compatible con la universalidad é indefectibilidad de las leyes naturales.

Escuchemos, pues, la voz del Sabio: «Nunca digamos: «No hay Providencia» por temor de que Dios, irritado de nuestro lenguaje impío, destruya todas las obras de nuestras manos. Si vemos las opresiones de los pobres y las injusticias violentas de los malos, por elevados que estén los opresores y los jueces iníquos, tienen á uno más elevado que ellos. Es un Rey supremo que manda en todo, al cual la tierra se vé forzada á obedecer.»

Capítulo vigésimo sexto.—La Oracion.—¿Qué más natural al espíritu y corazón del hombre que la oracion? El hijo implora á su padre, la esposa implora á su esposo,

el esclavo implora á su amo, el súbdito implora á su soberano. El universo entero ora. Por todas partes, en el mundo pasado como en el actual, ha habido oraciones, invocaciones, *ex-votos*. Los soldados cartagineses como los romanos dejaron sobre las rocas de los Alpes testimonios indestructibles de la elevacion de su alma hácia sus dioses.

El instinto innato de la oracion comprende la conviccion íntima de que puede ser escuchada; y porque la oracion escuchada es una suspension, una derogacion, al menos en la apariencia, de las leyes de la naturaleza, esta suspension, esta derogacion no son en ellas mismas ni imposibles, ni absurdas. La derogacion aparente no es imposible ó absurda, como no es ni imposible, ni absurdo, que por la voluntad inicial de su autor la máquina de cálculos analíticos, despues de haber escrito durante siglos la serie de los números cuadrados, haga aparecer de repente un número triangular, para volver al instante, ó despues de un tiempo más ó menos largo, á la serie de los números cuadrados, ó á otra serie de números cualquiera.

La santa Biblia superabunda en oraciones salidas de las más nobles, más puras y santas bocas, y en oraciones como la de Moisés, pronta y milagrosamente escuchadas.

El Evangelio es el código de la oracion corta, ardiente, seguida sin cesar de milagros.

La liturgia de la Iglesia católica es á su vez un arsenal de oraciones apropiadas á todas las necesidades de los individuos, de las familias, de las sociedades; y la historia de innumerables milagros, favores ó gracias concedidas á la oracion.

Mas hay en el Evangelio, en favor de la oracion, un testimonio infinitamente más brillante, que debiera desarmar á los espíritus más prevenidos; *el testimonio de Jesucristo*, á quien los enemigos de su divinidad veneran al menos como á un sabio legislador: «Se tiene que rezar siempre y no cansarse jamás. Pedid y os será dado, buscad y encontrareis, llamad y se os abrirá. Porque quien pide ob-

tiene, quien busca encuentra, se abrirá á aquel que llamare... ¿Quién es el que dá un escorpion á su hijo cuando le pide un huevo, una piedra cuando le pide pan, ó una serpiente cuando le pide un pez? Si, pues, vosotros que sois malos, sabéis dar buenas cosas á vuestros hijos, cuánto más dará á sus hijos los bienes que estos le pidan vuestro Padre que está en los cielos... Si dos ó tres de vosotros se unen para orar, se les concederá lo que ellos pidan por mi Padre que está en los cielos... Tened fé en Dios. En verdad os digo, cualquiera que diga á esta montaña: ¡levántate y arrojate en la mar! si no vacila en su corazon, si cree que lo que manda debe hacerse, será obedecido... Todo lo que pidais en la oracion creed que lo obtendreis, y seréis escuchados... Si alguno de vosotros teniendo un amigo vá á encontrarle durante la noche y le dice: Amigo mio, préstame tres panes, porque uno de mis parientes llega de viaje y no tengo nada que ofrecerle. Si este amigo hablando desde dentro dice: No me importunes, mi puerta está cerrada, mis hijos y mis servidores están bajo llave conmigo, y yo no puedo levantarme y darte los panes que me pides. Sin embargo, si el visitador continua llamando, aun cuando no se levante porque es su amigo, se levantará vencido por su importunidad, y le dará los panes de que tiene necesidad. Y yo os digo á mi vez: Pedid y recibireis, buscad y encontrareis, llamad y se os abrirá... En verdad, en verdad os digo: lo que pidais á mi Padre en mi nombre, os lo concederá... Hasta ahora nada habeis pedido; pedid, pues, y recibireis.

Con estas palabras nos manda Jesucristo, la Verdad, la misma Santidad, que oremos y que oremos sin descanso hasta la importunidad. Nos reprende porque no oramos. Nos afirma bajo juramento que todo lo que pidamos en la oracion lo obtendremos, aun cuando fuese un milagro tan grande como el mudar de sitio una montaña. Esto no es bastante todavía. Jesucristo, que sabia que cuando la oracion no es escuchada, es porque el que ora es malo, ó pide mal ó pide lo que seria mal para él, quiso él mismo

enseñarnos á orar. Y esta enseñanza fué la obra maestra de su amor. «Cuando queráis orar, encerráos en vuestro aposento, y rogad á vuestro Padre en secreto, y vuestro Padre, para quien no hay secreto, os escuchará. No habléis mucho orando, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes que se lo pidais. Ved cómo orareis: «Padre nuestro que estas en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy. »Perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. No nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal, Amen!» Santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad: estos son tres actos de caridad perfecta, bajo una forma á la cual ninguna naturaleza buena puede negarse, y que bastan para hacernos agradables á Dios. Nos hacemos buenos de este modo. Perdonanos como perdonamos, es la condicion esencial para ser escuchados. «Porque, añade Jesucristo, si nosotros no perdonamos á los hombres, nuestro Padre celestial no nos perdonará tampoco.» Pedir de este modo, despues de haber perdonado, es pedir bien. El pan de cada día, el pan consubstancial, el pan del cuerpo y del alma, el auxilio contra las tentaciones, el librarse del mal, es lo bueno por excelencia. Imposible, pues, no ser escuchado. ¿Cuántos elegidos habrán hecho esta corta oracion! Es lo divino en su infinito poder. Yo lloro de alegría, adoro y amo. El que no llora de alegría, el que no adora, el que no ama conmigo, le compeadezo con toda mi alma, y desespere de abrirle los ojos.

¿Quién puede oponer el libre pensamiento, la falsa ciencia ó la semi-ciencia, á estos oráculos de la misma verdad?

M. Tyndall encontró un día en sus amados Alpes á dos jóvenes sacerdotes, valasianos el uno y trolés el otro, que siguiendo el uso antiguo, acababan de bendecir, el uno el origen del Ródano, pidiendo á Dios que ahondase profundamente su cauce, que los preservase de desbordamientos desastrosos, ó que hiciese alguna desviacion

bienhechora y deseada; el otro, las nevadas cumbres, para conjurar los aludes y las inundaciones. No era pedir una cosa mayor que el cambio de lugar de una montaña, prometido por Jesucristo. Era en el fondo implorar el pan de cada día. Estas bendiciones no estaban, pues, fuera del dominio señalado ó más bien impuesto á la oración por el divino Salvador de los hombres. Eran, además, conformes en todo á la liturgia de la santa Iglesia católica, apostólica, romana. ¿Por qué, pues, los trataron de locos, ó al menos de simples, bajo el ateísmo ó inconsiderado pretexto de que las leyes de la naturaleza son invariables, que el mismo Dios no puede suspender ó alterar su curso?

Algunas semanas más tarde, el Consejo de la Reina impuso á la nación dos días de luto y de oración, para obtener que el cólera, que avanzaba de Oriente á Occidente, no invadiese la Inglaterra, y que las viruelas y la peste bovina cesasen en sus estragos. Este llamamiento á la fé de los cristianos escandalizó no menos á la ciencia del ilustre físico. Protestó de nuevo, invocando siempre el gran principio de la invariabilidad de las leyes de la naturaleza. «Desde hace seis mil años, el sol sale y se pone cada día; luego saldrá y se pondrá siempre. Es delinquir contra la razón creer que la oración es capaz de producir algun efecto físico, alguna modificación, alguna suspensión de las leyes de la naturaleza.» ¡Cosa estrana! M. Tyndall es uno de los físicos que han enseñado que el mundo acabaría por el fuego! que habrá entonces un día, tal vez muy cercano, en que el sol no saldrá para la tierra, en que no se pondrá! ¿La ciencia es, pues, verdaderamente el pobre orgulloso? M. Tyndall conviene, sin embargo, en que está absolutamente sobre el poder de la ciencia demostrar que los dos jóvenes sacerdotes, como la Iglesia anglicana, pedían lo imposible. (*Fragments of science*, página 361, líneas 12 y siguientes.) Esto es algo, pero no es bastante. ¿Por qué despues de haber salido seis mil años seguidos, no se negará el sol á salir un día? La máquina de cálculos de sir Babbage, despues de haber registrado diez mil años la sé-

rie de los números cuadrados, puede en un momento dado hacer aparecer de repente un cubo, por la voluntad anterior de su autor, voluntad consignada en la máquina en el momento de su construcción. ¿El Creador y motor supremo del universo no podría hacer lo que es posible al géneo humano creado á su imagen? Aconteció que un sabio colega de M. Tyndall hizole en la *Pall Mall Gazette*, bajo el velo del anónimo, una respuesta muy sencilla, pero que debia permanecer sin réplica. Sólo hay la materia en el mundo físico, sólo hay en él moléculas que se atraen ó se rechazan, hay en él espíritus esencialmente libres que no pueden entrar en las creaciones del determinismo. Las voluntades de los hombres, por ejemplo, incesantemente en acción, ejercen una influencia pequeña en la apariencia, pero visible y real sobre los fenómenos naturales, y moderan el curso de las leyes que los rigen. Los fuegos que enciende, los desmontes que opera, los bosques que destruye ó planta, el desagüe de los pantanos ó mares que lleva á buen fin, las aberturas de montañas, etc. modifican, y algunas veces profundamente, el clima de una localidad determinada ó de regiones enteras. La lluvia era rara en Egipto antes de la abertura del istmo de Suez, hoy es frecuente. ¿Háblase de restablecer el mar de Sahara para fecundizar de nuevo el desierto! Un ventisquero tras el que encerraba una enorme masa de agua amenazaba aplastar y tragar el pueblo de Wiege. Un hábil ingeniero, despues de haber dado salida por una perforación al agua amontonada, emprendió el trabajo de aserrar el ventisquero, y lo hizo caer en pedazos inofensivos. El peligro fué conjurado. Pues bien, lo que puede de una manera limitada la voluntad libre, pero tan débil del hombre, ¿por qué la voluntad todopoderosa de Dios no lo hará en mayor escala? ¿por qué Dios, á la oración del hombre que se ha obligado á escuchar, no interviendrá á su vez misteriosa, pero soberanamente? El argumento era irresistible, y no vacilo en afirmar que M. Tyndall sólo le encontró una pretendida falta, la de animar las creencias de los

antiguos paganos y de los salvajes modernos, que atribuyen cada cambio de aspecto de la naturaleza á la entrada en escena de una divinidad arbitraria. (*Fragments of science*, p. 368, línea 20.)

Ah! cuán mejor inspirado estaba el gran Euler, alma tan dulce, espíritu tan lúcido, matemático tan eminente, físico tan experimentado, cuando escribía, hace ya cien años, lo que los sabios del día debieran avergonzarse de no haber leído. «La religion nos prescribe el deber de la oracion, dándonos la seguridad de que Dios escuchará nuestros deseos, con tal que sean conformes á las reglas que nos ha dado. Por otra parte, la filosofía nos enseña que todos los acontecimientos de este mundo acontecen conforme al curso de la naturaleza establecido desde el principio, y que nadie podría detener lo que Dios previó y quiso. Pero yo respondo que cuando Dios estableció el curso del mundo, y cuando arregló todos los sucesos que debían ocurrir, tuvo evidentemente en cuenta todas las circunstancias que acompañarían á cada acontecimiento, y particularmente las disposiciones, los deseos, las oraciones de cada ser inteligente, y que el arreglo de los sucesos ha sido puesto perfectamente en armonía con todas estas circunstancias. Cuando, pues, un fiel dirige á Dios una oracion digna de ser escuchada, no se tiene que imaginar que esta oracion sólo llega en aquel momento al conocimiento de Dios; ya ha sido escuchada desde toda la eternidad, y si el Padre misericordioso la ha juzgado digna de ser escuchada, ha ordenado expresamente el mundo en favor de esta oracion, de manera que su cumplimiento sólo es una continuacion del curso regular de los sucesos. Así es que Dios escucha las oraciones de los fieles sin hacer milagros, aunque no hubiere ninguna razon para que Dios haya hecho y haga todavía milagros.» (*Cartas á una princesa de Alemania*. Carta nonagésima.) Esta es la ciencia verdadera y es completamente cristiana.

M. Tyndall niega que pueda haber ó que haya conformidad entre la oracion, las disposiciones de las vo-

luntades humanas y los fenómenos físicos: es un mentís que dá gratuitamente á la santa Biblia y al Nuevo Testamento. «Yo os quité la lluvia, dice Dios por la boca del Profeta (Amos, IV, 7), tres meses antes de la cosecha.... Hice que lloviese sobre una ciudad y que no lloviese sobre otra. Y la otra sobre la que no di lluvia quedó seca.» «Ellas, dice el apóstol Santiago (Epíst. V, 17), era un hombre semejante á nosotros, sujeto á padecer: sin embargo, hizo oracion, para que no lloviese sobre la tierra, y por tres años y seis meses no llovió. Y oró de nuevo, y el cielo dió lluvia y la tierra dió su fruto.»

La grande ilusion de la ciencia es poner á Dios en su nivel; ¡tan bajo! Para Dios eterno é inmenso no hay espacio, ni tiempo, ni pasado, ni porvenir. Es, y nosotros somos y nos movemos y vivimos en Él. Es el misterio de los misterios, ante el cual todos los otros misterios, y todas las otras objeciones se desvanecen.

Capítulo vigésimo séptimo. — El Milagro. — Nosotros hemos dicho del milagro, de su posibilidad, de su necesidad, de su realidad, todo lo que era necesario decir; nosotros sólo tenemos aquí, pues, que responder á ciertas objeciones, é iluminar, por una feliz comparacion que los recientes descubrimientos de la ciencia nos suministran, la naturaleza y el modo de produccion del milagro.

«*Para qué recurrir al milagro?* decía Diderot. Sólo necesito, para rendirme, el silogismo. Una sola demostracion me impresiona más que cincuenta hechos. ¿Por qué hostigarme con prodigios, cuando cuesta tan poco aterrarme con silogismos? ¿Qué sería más facil enderezar un cojo que iluminarme?»

El silogismo, ya lo hemos probado hasta la evidencia, no impone la conviccion á la inteligencia á causa de la intervencion de la voluntad, y el raciocinio es el privilegio del pequeño número. «El milagro, además, respondia La Harpe á Diderot, es el silogismo puesto en accion, el más excelente de los silogismos. Si Dios me ha dado un

poder que sólo es de Él y que no podría ser el de un hombre, muy ciertamente es Dios quien me envía, y es su palabra la que yo anuncio: la mayor es evidente. Pues bien, yo he recibido de Dios este poder; pruebo la menor: *¡Lázaro, sal del sepulcro!* Y el cadáver de Lázaro muerto desde hace cuatro días, visto y sabido de toda una ciudad, se levanta de la tumba; luego, etc. El silogismo está en buena forma. Pero admiremos de paso y á la vez esta gran predilección por los silogismos afectada ante los que nada entienden de ellos, y esta necia aversión del silogismo por nada ante aquellos que saben hacerlo.» (*Curso de literatura.*)

2.º *¡El milagro es imposible!* No, y es violar todas las reglas de la lógica, estando como está el mundo lleno de milagros, deducir de una pretendida imposibilidad la no existencia de los hechos. Esto no es lo que ha pensado el género humano, que siempre y por todas partes ha creído en lo sobrenatural, en la intervención directa de Dios en el gobierno del universo, y que jamás ha pensado que el mundo fuese una máquina material que funcionaba sin Dios. No, porque no hay ningún pueblo que no haya levantado á Dios sus manos suplicantes. No, porque las leyes de la creación no son absolutas, inmutables, geométricas, y Dios, lejos de estar encadenado por ellas, puede derogarlas, ó mejor dicho, haberlas derogado desde toda la eternidad, por un decreto libre de su voluntad. Dios pudo crear y ha creado. Y la creación es el mayor de los milagros. ¿Cómo no podría hacer, pues, todos los milagros imaginables? El Dios que no pudiese hacer milagros, sería un Dios anticientífico, antehistórico, pues que no sería el Dios creador. Si las leyes y las fuerzas de la naturaleza son absoluta y eternamente invariables, si no se les puede poner trabas en su marcha, ¿cómo es que en muchos casos las cambiamos, las sujetamos, desviamos de nosotros sus efectos dañosos, nos remontamos á sus mismas fuentes para agotarlas? ¿cómo es que obramos también sobre el espíritu de nuestros semejantes, y logramos modificar sus con-

vicciones y voluntades? Si Dios ha dado á las causas segundas la virtud de producir sus efectos, ¿no es preciso que haya esta virtud en Él mismo? Y si hay esta virtud en Él mismo, ¿no hay que reconocer que puede producir á su gusto los efectos de las causas segundas, sin estas, á pesar y contra las mismas: multiplicar el trigo sin la intervención de la tierra, curar las enfermedades sin remedios, etc. etc...? Además ¿en qué se turbaría el orden de la naturaleza, si Dios ha previsto las excepciones; si se las ha reservado, y las hizo entrar en el orden general de la naturaleza; si por una excepción querida y prevista, el fuego conservando su propiedad de consumir no consume; si el agua del río, conservando su propiedad de correr, corre en sentido contrario; si un enfermo es curado sin médicos ni remedios; si un muerto resucitado vá á tomar el lugar que ocupaba algunos días antes? Lejos de turbar el orden, el milagro coadyuda á su triunfo, pues que es uno de los medios más eficaces por los cuales Dios ejecuta el plan que ha formado, y conduce los seres á su fin último y universal: *su gloria y su dicha*. Cuando Dios hace milagros, decía san Agustín, cambia su obra, pero no cambia su designio. Castigar á aquel que negase el milagro, decía Rousseau, sería hacerle demasiado honor. Bastaría encerrarle.

3.º *La probabilidad del milagro ó de una derogación de las leyes continuas de la naturaleza, es menos que la probabilidad de error de parte de los testigos que afirman esta derogación ó este milagro. Luego el milagro ha tenido en su favor una probabilidad no solamente nula, sino negativa, esto es, tiene contra él toda probabilidad.* Es el sofisma del demasiado célebre filósofo inglés Hume, sofisma tan alabado, tan repetido. Es un sofisma, porque opone á un hecho afirmado, al milagro, no su imposibilidad, —Hume no niega la posibilidad del milagro— sino su improbabilidad, lo que es más absurdo todavía que oponer al movimiento, á la mudanza en el espacio, su pretendida imposibilidad. ¿No es de la naturaleza esencial de ciertos hechos en ge-

neral, y del milagro en particular, ser improbables, inverosímiles? ¿No afirma la razon como un axioma que lo verdadero puede ser completamente inverosímil y por consiguiente improbable? Sir Carlos Babbage, en su noveno tratado de *Bridgenoter*, nota 1, página 131, no está contento con esta respuesta filosófica. Ha probado rigurosamente que el tan ensalzado argumento de Hume era matemáticamente falso. En tiempo de Hume, el cálculo de las probabilidades ó de los cambios estaba demasiado poco adelantado para que se pudiese tratar de comparar rigurosamente las dos probabilidades opuestas la una á la otra por Hume, probabilidad del milagro, probabilidad del error de los testigos. Pero las sabias teorías de Laplace han hecho posible este cálculo. Sir Carlos Babbage lo ha puesto en práctica, y ha establecido claramente esta proposicion: 1.º Por grande que sea la probabilidad suministrada por la experiencia contra la ocurrencia de una derogacion de las leyes de la naturaleza ó de un milagro, púedese concebir siempre un número de testigos bastante grande, para que la improbabilidad del error de su unánime testimonio sea mayor que la improbabilidad de la ocurrencia del milagro. En otros términos: púedese concebir ó señalar siempre un número tal de testigos independientes, que la improbabilidad de la falsedad de su testimonio unánime sea mayor que la improbabilidad de la ocurrencia del mismo milagro, de tal modo que por consiguiente, en la teoría de Hume, probaría la verdad del milagro. Sir Carlos Babbage no se ha contentado con el análisis; ha pasado á los números, y los números han dado un mentís brutal al sofista.

4.º *Es imposible probar el milagro* y por esto mismo es incierto. Esta afirmacion es el colmo del absurdo. ¿Son necesarios mejores ojos para asegurarse de la muerte y vida de Lázaro, que para asegurarse de la muerte y vida de otro hombre? ¿Son necesarias mejores orejas para oír la voz acentuada que le vuelve á la vida? ¿Son necesarios más buenos sentidos que los que tienen la mayor parte de los hombres para comprender que, si un hombre puede

pasar naturalmente del sueño á la vigilia, sólo puede pasar de la muerte á la vida por una virtud sobrenatural? Afirmar que es necesario, para que un milagro sea cierto, que se verifique en un anfiteatro, á la vista de médicos, fisiólogos, físicos y químicos, ante una comision compuesta de hombres especiales acostumbrados al análisis y á la observacion, que hagan seleccion del cadáver, que escogjan la sala, que ordenen el programa del experimento, es simplemente absurdo é indecente.

El hombre del pueblo y el hombre del mundo, al contrario, son más competentes que el sabio, porque el sabio demasiado orgulloso no admitirá jamás hechos fuera de sus teorías, de sus fórmulas. Dios sólo se revela á los pequeños y humildes.

5.º *Los milagros pueden ser explicados por los senderos de la naturaleza mejor conocidos hoy*. No. Esta explicacion no podría aplicarse evidentemente á ninguno de los milagros de Jesucristo y de los apóstoles, y menos todavía á los Esplendores de la fe. Invoquen los sabios, tanto como quieran, las leyes desconocidas todavía de la naturaleza; hagan llamamiento, además, al poder de la imaginacion, si no demuestran que un médico puede curar á un enfermo por su sola palabra, resucitar un muerto por un solo acto de su voluntad, etc., ó que la imaginacion pueda consolidar una rotura de un hueso, cerrar una herida, volver la vista á un ciego, hacer caer lluvia, ó volver el buen tiempo, no habrán conseguido nada.

6.º *Ya no se hacen milagros*. Basta que los haya habido para que la religion cristiana sea divina. Pero el milagro no ha cesado en la santa Iglesia de Dios. Ved primero que todo Lourdes y las incesantes canonizaciones de santos que no se hacen jamás sin la prueba solemne de brillantes milagros, y los quince esplendores de la fe, profecías sin cesar cumplidas, milagros incesantes, más brillantes que la resurreccion de los muertos.

7.º *Los milagros pueden venir del demonio*. La misma existencia del demonio es un milagro, ó al menos un he-

cho sobrenatural, conocido principalmente por la Revelación. El demonio no puede haber sido el autor de los milagros de Jesucristo, de los apóstoles, de la santísima Virgen, de los santos, porque son hechos contra él, y no puede ser contrario á sí mismo.

Ya veremos más tarde lo que son los pretendidos milagros del magnetismo, del espiritismo, etc.

8.º *Todas las religiones, aun las que son evidentemente falsas, han tenido sus milagros.* Milagros parecidos, juegos de fuerza y de destreza, efectos de prestidigitación, si; verdaderos milagros, no.

¿Por lo demás, la pretension de todas las religiones al milagro no prueba que por todas partes se ha creído en él, y que el milagro es posible y necesario, porque es como el único sello puesto por Dios á su obra? ¿Y qué son los pretendidos milagros del paganismo, comparados á la tan imponente serie de milagros que, desde Moisés hasta Jesucristo y desde Jesucristo hasta nosotros, han sido hechos públicamente y en pleno día, ante millares de testigos interesados en contradecirlos, tanto más que tenían por objeto no acariciar las pasiones, sino reformar las costumbres?

Digamos, en fin, como por una comparación muy patente y haciendo llamamiento á la obra maestra de las obras maestras de la mecánica matemática, un sabio muy ilustre, sir Carlos Babbage, el inmortal autor de la *máquina de cálculos analíticos*, ha logrado aclarar con una nueva luz la cuestion de la naturaleza y de la posibilidad del milagro.

«El lector sentado, pues, ante la máquina de cálculos, puesta en movimiento con ayuda de un manubrio, ve aparecer en las lamparillas cifras cuyo conjunto representa números que se suceden según una ley determinada, la serie, por ejemplo, de los números cuadrados 2, 4, 9, 16, 25, 36. El pudo prolongar la experiencia tanto tiempo como quiso, se puede suponer que duró años y siglos, sin que haya osado probar que el número escrito á cada

instante es el número cuadrado que sigue, de tal suerte que esta producción de los números cuadrados sea como una ley de la naturaleza, la sucesión indefinida de las salidas y de las puestas de sol, y que hay mil que apostar contra uno de que el número que vendrá será también un número cuadrado. Pero hé aquí que el constructor de la máquina exclama de repente: El primer número que aparecerá en las cajas, y que creéis deberá ser un número cuadrado, no lo será. Cuando la máquina fué primitivamente creada para marcar estos números, imprimí en ella una ley que coincide en todos los casos con la de los números cuadrados; pero yo he hecho escepcion por el número que debe salir ahora. Despues que será mostrado, la ley de los números cuadrados emprenderá de nuevo su marcha invariable, hasta la destruccion de la misma máquina. Aquel que es testigo de este juego de fuerza concederá sin trabajo al artista que de este modo ha querido el cumplimiento de un hecho previsto, con tan gran número de siglos de anticipacion, un mayor grado de poder que si la máquina sólo hubiese registrado una serie. Y si el inventor explica que, en la construccion de su máquina, tiene el poder de hacer aparecer á su tiempo todo número, haciendo excepcion á las leyes establecidas, por todos los periodos venideros, tan lejanos y desiguales como se los pueda imaginar; si añade tambien que ha dado este modo de construccion á la máquina para ponerla en perfecta armonía con los acontecimientos en cada uno de los períodos respectivos, el observador no podrá dejar de reconocer en él un poder más considerable, que si cuando se presentase cada uno de los diversos acontecimientos, tuviera que intervenir para turbar momentáneamente la marcha de los cálculos de la máquina. Si además de esto, el inventor, habiéndose alejado, hiciese que el mismo observador por la perfecta inteligencia de la máquina, produjese por un simple procedimiento, mudando de lugar, una clavija por ejemplo, estas aparentes desviaciones, todas las veces que cortas combinaciones se presentasen

á su vista; si estaba, en fin, dotado del poder de predecir los casos excepcionales que dependen de la sola voluntad del observador, aunque, bajo otras relaciones, pasen más allá de los límites de su poder y de su inteligencia, se tendría que admitir que una máquina constituida de este modo supone un poder inimaginable de invención.

La máquina de cálculos analíticos que he puesto á la vista del lector posee estas cualidades. Es hecha para obedecer á toda ley dada, y para producir, en períodos tan lejanos como se quiera, una ó muchas excepciones aparentes á la ley. Es necesario, sin embargo, observar que esta ley aparente impuesta á la atención del espectador, por efecto de una inducción ilimitada, no es la plena expresión de la ley en virtud de la cual funciona la máquina. Hay que notar además, que el caso de excepción es también absoluta é irresistiblemente la consecuencia necesaria de la organización primitiva de la máquina, que cada cálculo individual toma en la masa de los que puede eventualmente producir. En su plan primitivo no tuve la intención de dar á la máquina el poder de hacer cálculos otro tanto más allá del análisis matemático de los que acabo de hablar; ni aun entreveo actualmente un período después del cual esta extensión podría ser útil al espíritu humano. Únicamente me preocupé el pensamiento de dar á la invención un grado de generalidad que encierre una gran manifestación de poder matemático. Perfectamente conozco que las generalizaciones mecánicas que puede recibir exceden de mucho á la que tuve tiempo de estudiar. He desviado igualmente ciertas combinaciones que sólo podrán tener utilidad de aquí á mucho tiempo. En medio de las que he sido llevado á estudiar, he observado las posibilidades de que acabo de hablar; y las reflexiones que han producido en mi espíritu me han obligado á proseguir mis pesquisas. Si el lector conviene conmigo en que estas especulaciones conducen á una concepción más elevada del gran Autor del universo que las vislumbreadas hasta aquí, convendrá también que el estudio de

las más abstractas ramas de la mecánica práctica, combinado con el de lo que de más profundo tienen las matemáticas, no impide de ningún modo al espíritu humano el percibir las razones evidentes de la verdad de los dogmas de la religión natural. Atrévome aun á decir que estos caracteres suministran tal vez pruebas más estensas de la grandeza de la creación que suministradas hasta el presente por las ciencias de observación ó la física.

Es también esta vez la última palabra, el *non plus ultra* de la ciencia más avanzada, y yo no tengo nada que añadir. La ciencia ha hablado, como Roma hablaba; la causa está acabada.

Capítulo vigésimo octavo.—El pecado original.—Adán y Eva, el primer hombre y la primera mujer, han sido colocados en el paraíso terrenal. Después de un tiempo de prueba fijado por Dios, deben, sin morir, entrar en posesión de la felicidad sobrenatural de los cielos. Pero desobedecen y comen el fruto vedado. Decididos al instante de la vida de gracia y justicia original, son arrojados del paraíso terrenal, condenados á la fatiga, al sufrimiento, á la muerte; y caen bajo el poder del demonio que los ha animado en su desobediencia. El castigo y sus funestas consecuencias, la ignorancia, la concupiscencia, la privación de la gracia santificante, la esclavitud del demonio, etc., se extienden á la posteridad entera de Adán y Eva. Nosotros nacemos concebidos en el pecado, hijos de cólera, excluidos de la dicha sobrenatural de los cielos: *este es el dogma y el misterio del pecado original*. Dogma y misterio claramente afirmados y definidos en la santa Escritura, en la enseñanza de la Iglesia, en las tradiciones del género humano.

«Mira, decía David, que yo he sido concebido en iniquidades, y en pecado me concibió mi madre.» (Ps. L.)
«¿Quién, decía Job, puede hacer limpio al que de *inmundamente* fué concebido? ¿Cómo el hombre nacido de padres culpables podría ser inmaculado y justo?» (xiv, 4; xv, 14).